



HM
Cer
2



Ayuntamiento de Madrid

Contra
caja 4
62

Cer. 2

A-3

753 **Sancho Panza** en su gobierno de la Insula Barataria. Cuento muy atractivo y divertido, sacado del Quijote y redactado en estilo al alcance de los niños, con 10 láminas. Estrasburgo, sin a, *Viuda de Berger Leurault*, en folio, cartoné.
Imitación.



Ayuntamiento de Madrid

SANCHO PANZA

EN SU GOBIERNO

DE LA

INSULA BARATARIA

Cuento muy atractivo y divertido, sacado del Quijote y redactado en estilo
al alcance de los niños.

CON 10 LAMINAS ILUMINADAS POR D. A. BICHARD.



no 6681
6631

PARIS

R. SCHULTZ, LIBRERO-EDITOR

201, CALLE DE RIVOLI.

LIBROS ILUMINADOS PARA LA NIÑEZ

PUBLICADOS POR LA LIBRERIA DE

R. SCHULTZ

204, CALLE DE RIVOLI, EN PARIS.

1^{ra} SERIE.

LIBROS INSTRUCTIVOS Y RECREATIVOS DE PRECIOS Y TAMAÑOS DIFERENTES.

- | | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| ALFABETO DE LA INFANCIA. Album en 4 ^o menor, con 28 láminas por <i>D. V. Urrabieta</i> . Encartonado. | HISTORIA NATURAL EN LAMINAS, con nombres en español, inglés y francés. Album en 4 ^o mayor, encartonado. |
| ALFABETO PINTORESCO DE LA NIÑEZ. Album en 4 ^o mayor, con 28 láminas por <i>D. V. Urrabieta</i> . Encartonado. | JUAN EL DESGREÑADO. Novelitas joviales y láminas graciosas, por <i>D. A. Ribot</i> . Album en 4 ^o mayor, encartonado. |
| EL MUNDO PINTORESCO DE LA NIÑEZ. Album en 4 ^o -mayor, con 60 láminas, encartonado. | LOS OFICIOS EN ACCION. Ocho cuadros con movimiento. Album en 4 ^o mayor, encartonado. |
| ESCENAS PATETICAS Y APACIBLES. Ocho nuevos cuadros con movimiento. Album en 4 ^o mayor, encartonado. | OCUPACIONES UTILES PARA LA JUVENTUD. Dibujo y colorido. 4 tomos en 8 ^o , encartonados. |
| FIERAS Y ANIMALES SALVAJES. Album en 4 ^o mayor, con 12 láminas, encartonado. | RECREACIONES INSTRUCTIVAS PARA LA NIÑEZ. Album en 4 ^o mayor, con 30 cuadros, encartonado. |

2^a SERIE.

COLECCION DE CUENTOS DE HADAS Y OTROS PARA RECREO DE LA NIÑEZ. EN 4^o MAYOR.

- | | |
|------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------|
| AVENTURAS DE TOMASILLO EL PULGARITO. Album con 6 láminas, encartonado. | LA TIA GREGORIA Y EL PITIROJO. Album con 24 láminas, encartonado. |
| CAPERUCITA ENCARNADA. Album con 6 láminas, encartonado. | LOS NIÑOS EN LA SELVA. Album con 6 láminas, encartonado. |
| CUENTOS DE LA NIÑERA. Album con 24 láminas, encartonado. | LOS TRES OSOS. Album con 6 láminas, encartonado. |
| JUANILLO Y LA MATA DE HABAS. Album con 6 láminas, encartonado. | MICIFUZ, EL DE LAS BOTAS. Album con 6 láminas, encartonado. |

3^a SERIE.

LIBRITOS DE LA ABUELITA.

COLECCION DE ALBUMS PARA LOS NIÑOS DE CORTA EDAD. EN 4^o MENOR.

- | | |
|---------------------------------|------------------------------------|
| ALBUM DE ANIMALES. Encartonado. | LOS GATOS TOMANDO TÉ. Encartonado. |
| LA CASA DE FIERAS. Encartonado. | PULGARITO. Album encartonado. |

CADA TOMO SE VENDE SEPARADAMENTE.

OTRAS MUCHAS OBRAS SEMEJANTES SE HALLAN EN PRENSA.

ADVERTENCIA.

El episodio que damos hoy á luz con el título de *Sancho Panza en su gobierno de la insula Barataria*, está sacado, pero no copiado del *Quijote*. Es un cuento sencillo referido por un padre, maestro ó preceptor, que, habiéndole leído en la obra inmortal de Cervantes, lo repite casi de memoria á los niños, con exactitud, pero sin imitar en un todo el lenguaje del autor, que la infancia no podría siempre comprender, á pesar de sus bellezas. Sabido es que el estilo del *Quijote*, rico, armonioso y sublime, pero ya algo anticuado, requiere ciertos conocimientos literarios, no solo para apreciarle, sino para comprenderle enteramente. Nuestro objeto es el de recrear á los niños y llamar desde ahora su tierna atención sobre una obra, que luego mas tarde habrán de leer detenidamente y apreciar las reflexiones morales que encierra. En vista de la buena intención que nos guía, perdónesenos la libertad que nos hemos tomado de apartarnos algun tanto del estilo del autor y de haber modificado el texto algunas veces, por razones fáciles de comprender. Vale mas, en nuestro concepto, divertir á la niñez con cuentos sacados de nuestra literatura nacional, que con asuntos triviales, como se hace á menudo, y no siempre dignos de la edad á que se dedican.

ESTRASBURGO, IMPRENTA DE LA VIUDA BERGER-LEVRAULT.

SANCHO PANZA

EN SU GOBIERNO.

Ya sabeis, hijos mios, cómo y de que manera regresó á su lugar el ingenioso hidalgo *Don Quijote de la Mancha*, y el fin que tuvo su primera salida. Pues bien,

..... el caballero,
Bien molido y mal andante,
A quien llevó Rocinante
Por uno y otro sendero,

luego que se hubo curado de los palos, que le dió un mozo de mulas de unos mercaderes toledanos, á quienes acometió, lanza en ristre, en medio de un camino, (porque no conocian á *Dulcinea del Toboso*, ni querian confesar que esa Señora era la mas hermosa doncella del mundo y la emperatriz de la Mancha), determinó salir por segunda vez á buscar aventuras. El buen hidalgo y desfacedor de tuertos, tenia ya un jamelgo, una grotesca armadura y una dama de sus pensamientos, pero le faltaba un escudero, segun los usos de la andante caballería. El jamelgo era Rocinante, la dama de sus pensamientos, á quien él llamaba *Dulcinea del Toboso*, tenia por verdadero nombre *Aldonza Lorenzo*, moza labradora, forzada, que tiraba tan bien una barra como el mas robusto zagal de todo el pueblo, y dotada, entre otras cualidades, de tal vozarron, que subió un dia al campanario de su lugar á llamar á unos pastores suyos, que estaban en un campo de su padre,

distante media legua del lugar, y la oyeron tan distintamente como si hubiese sido una campana. Esta moza no vió en su vida á Don Quijote ni oyó jamás hablar de él, y el caballero andante la conocia solo de vista. En cuanto al escudero, le halló Don Quijote en un labrador vecino suyo, hombre de bien, sencillo y padre de familia, pero de poca sal en la mollera, es decir, de cortos alcances, á lo cual habia que añadir, que el pobre labriego no sabia leer ni escribir, ni habia salido jamás de su aldea. Don Quijote le persuadió y prometió tanto, que el pobre villano, que se llamaba SANCHO PANZA se determinó á salir á correr mundo con él y á servirle de escudero. Deciale, entre otras cosas Don Quijote, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez podria ofrecerse una aventura en que ganase alguna ínsula y le dejase á él por gobernador de ella. Con estas promesas y otras tales, dejó Sancho Panza á su mujer Teresa Panza y á sus hijos Sanchico y Marisancha, y salieron ambos una noche muy callandito del lugar, sin que nadie los viese y sin despedirse de sus familias. Iba Don Quijote en su jamelgo, con su lanza, adarga, una rodela que pidió prestada á un amigo y una celada, que le rompieron en una de sus aventuras y que él compuso lo mejor que pudo. Sancho Panza sobre su jumento, como un patriarca, con sus alforjas y su bota y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Así los veis pintados en todas las estampas, conocidos del mundo entero, y así anduvieron errantes por montes y valles.

Muchas aventuras tuvieron nuestros dos héroes, que seria muy largo de contar, joviales unas, grotescas otras, trájicas las mas, hasta que por fin llegaron un dia á un gran castillo ó quinta, residencia, segun se dice, de los duques de *Villahermosa*, cuyos señores, que tenian ya noticia de las locuras y extravagancias de Don Quijote, le recibieron con grandes agasajos lo mismo que á Sancho, resueltos á divertirse, ellos y su servidumbre, á costa del pobre caballero andante y su escudero. Una de las primeras cosas, que Don Quijote pidió á los duques, fué un gobierno para Sancho Panza, y habiéndoselo estos concedido, por burla, empieza aquí la historia de este gobernador, que es como sigue.

Tenia un mayordomo el duque, hombre de humor jocoso, burlesco y fecundo en invenciones, que fué quien se encargó de organizar y llevar á cabo la farsa del gobierno de Sancho Panza. Cuando llegó el momento de marchar, avisó á este, que solo esperaban sus órdenes para ponerse en ca-



mino é instalarle en su isla. Sancho, que no anhelaba otra cosa, fué à despedirse de los duques, les besó las manos y tomó la bendicion de su Señor Don Quijote, que se la dió con lágrimas y él la recibió con pucheritos.

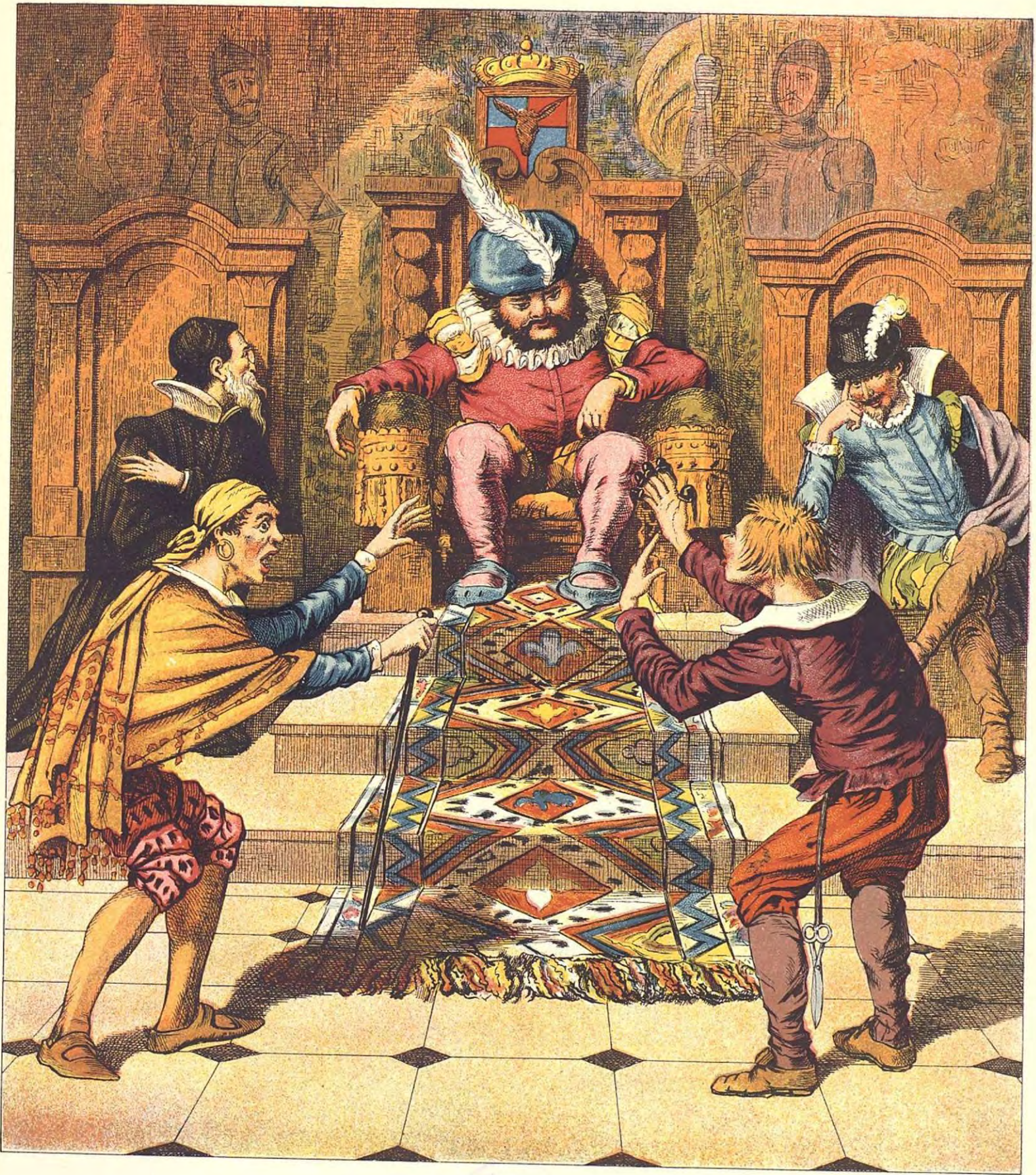
El mayordomo tenia preparada una gran comitiva para acompañarle y un macho ricamente enjaezado para que montase en él; pero el nuevo gobernador declaró que no queria separarse de su asno, fiel compañero de sus peregrinaciones, y en esto anduvo Sancho mas cuerdo y agradecido que muchos gobernantes, que lo primero que hacen, al verse en el candelero, es olvidar á sus antiguos amigos y servidores, aunque no sean asnos. Instó el mayordomo para que renunciara á su asnal cabalgadura, pero Panza fiel á las leyes de la amistad y del reconocimiento, reclamó su jumento, y por órden del duque se adornó al rucio con flamantes jaeces y ornamentos juveniles de seda, y tomó puesto en la comitiva detrás de su amo; éste entonces, en vista de la deferencia que tuvieron con su borrico, consintió en montar en el macho. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido de juez, y cubierto con un gaban de camelote muy ancho y una montera de lo mismo. De cuando en cuando volvía la cabeza á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara por un emperador.

Con este aparato y acompañamiento llegó Sancho á un lugar de unos mil vecinos, que era una de las mejores haciendas que tenia el duque. Diéronle à entender que aquel pueblo se llamaba la *Insula Barataria*, sea porque el lugar donde estaba situado se llamase Baratario, ó ya por lo barato que le habian dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que estaba cercada de murallas, salió á recibirle el regimiento del pueblo, tocaron las campanas, todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron à la Iglesia mayor, donde se cantó un solemne *Te-Deum* por su feliz llegada: luego, con ridícula ceremonia le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por gobernador perpetuo de la ínsula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador, tenia admirada á toda la gente que no sabia el busilís de aquella comedia, y los que lo sabian se riyeron mucho, pero no en sus barbas.

Al salir de la iglesia le llevaron á la silla del juzgado y le sentaron en ella, poniéndole en la mano la vara de justicia. Vió Sancho en la pared, que estaba enfrente de él, unas grandes letras que allí habia, y como no sabia leer, preguntó qué pinturas eran aquellas. Respondióle el mayordomo:

«Señor, ahí está escrito y notado el día en que Vuestra Señoría tomó posesion de esta ínsula y dice así el letrado: hoy día, á tantos de tal mes y de tal año, tomó posesion de esta ínsula el *Señor Don Sancho Panza*, que muchos la goce.» — «¿Y á quién llaman Don Sancho Panza?» preguntó el gobernador. — «A Vuestra Señoría», replicó el mayordomo. — «Pues advertid hermano», dijo Sancho, «que yo no tengo DON, ni en todo mi linaje lo ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi abuelo, y todos fueron Panza, sin añadidura de dones ni donas.» Ya veis, hijos míos, que el buen Sancho, aunque labriego, era mas cuerdo que muchos verdaderos gobernantes, que lo primero que hacen, es renegar su linaje.

En este instante entraron en el juzgado dos hombres, uno vestido de labrador y otro de sastre, con unas tijeras en la mano. Este último tomó la palabra y dijo: «Señor gobernador, yo, con perdon de los presentes, soy sastre examinado y este buen hombre, que es labrador, vino ayer á mi tienda con un pedazo de paño y me preguntó si habia bastante con él para hacerle una caperuza. Medí el paño y le respondí que sí; pero creyendo él que yo queria hurtarle una parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion que injustamente tenemos los sastres, me replicó que mirase si, en vez de una, habria paño para dos caperuzas. Adivinéle el pensamiento y díjele que sí. No se dió por satisfecho y creyendo siempre que habia paño de sobra, volvió á preguntarme si podia hacerle tres. Y cuatro tambien si gustais, le respondí yo; no hay mas que cortarlas. No contento con esto, me volvió á decir que mirase bien el paño, á ver si podian salir cinco. ¿Porqué no? le contesté; vaya por cinco si os place. Ahora, en este momento acaba de venir por ellas y yo se las doy, pero no quiere tomarlas ni pagarme la hechura, y quiere, al contrario, que yo le pague ó vuelva el paño.» — «¿Es todo esto así?» preguntó Sancho al labrador. — «Sí, Señor», respondió este, «pero ha de saber Vuesa Merced, que en vez de cinco caperuzas para mi cabeza, me ha hecho una para cada uno de los cinco dedos de la mano; hágale Vuesa Merced que las enseñe.» — «De buena gana», dijo el sastre, y sacó la mano con una caperucita en cada dedo. «Hé aquí» añadió, «las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia, que no me ha quedado nada del paño.» Todos los presentes se echaron á reir y Sancho, con semblante muy sério, sentenció al sastre á que perdiese



Ayuntamiento de Madrid

las hechuras y al labrador el paño, y mandó que las caperuzas se llevasen á los presos de la cárcel, despachando así á los dos litigantes.

Despues de estos se presentaron ante el gobernador dos hombres ancianos, uno de los cuales llevaba por báculo una caña, en qué se apoyaba. El que no llevaba báculo dijo : «Señor, á este buen hombre le presté hace unos dias diez escudos de oro para hacerle un favor, con condicion, que me los devolviera cuando se los pidiere; pasáronse muchos dias sin pedírselos, para darle tiempo á que me los devolviese sin apremiarle, pero al fin y al cabo he tenido que reclamárselos repetidas veces, y él no solamente no me los vuelve, sino que me los niega diciendo, que nunca le presté tales diez escudos y que si se los presté ya me los ha devuelto. Yo no tengo testigos ni de lo prestado, ni mucho menos de lo devuelto, pero querria que Vuesa Merced tomase juramento á ese hombre, y si jura que me los ha devuelto, yo se los perdono ante Dios y los hombres.» — «¿Qué decis vos á esto, buen viejo del báculo?» dijo Sancho. A lo que respondió el viejo : «Yo Señor, confieso, que me los prestó, y pues exige mi juramento, baje Vuesa Merced esa vara que yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.» Bajó el gobernador la vara para que jurase, y al ir á hacerlo, dijo el deudor al acreedor : «*Tenedme vos el báculo mientras voy á jurar, porque me embaraza.*» En seguida puso la mano en la cruz de la vara diciendo, que era verdad que habia recibido prestados aquellos diez escudos que le pedia su contrario, pero que se los habia devuelto y puesto él mismo en mano propia del que se los reclamaba, y solo por no caer en ello, se los volvia á pedir á cada momento. Preguntó el gobernador al acreedor qué tenia que responder á lo que decia su contrario; contestó este, que sin duda alguna su deudor debia decir la verdad, porque le tenia por hombre de bien y que él sin duda habria olvidado el cómo y el cuándo se los habia vuelto, y que de allí en adelante jamas le pediria nada. El deudor entonces volvió á tomar su báculo y bajando la cabeza se salió del juzgado. Viendo Sancho que este se iba sin mas ni mas, concibió algunas sospechas sobre el juramento, mandó que le llamasen y al verle le dijo : «Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he de menester.» — «De muy buena gana», respondió el viejo; «héle aquí, Señor», y púsole en manos del gobernador. Tomóle Sancho y dándole al otro viejo, le dijo : «Andad con Dios, que ya estais pagado.» — «¿Yo, Señor?» respondió el acreedor; «¿pues vale esta caña diez escudos de

oro?» — «Sí», dijo el gobernador, «y si no, yo soy el mayor porro del mundo. A ver, romped esa caña, que vuestro contrario os ha puesto en la mano al ir á jurar.» Rompióla en efecto, y en el corazon de ella hallaron diez escudos de oro. Quedaron todos admirados y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomon. Preguntáronle de donde habia colegido, que en aquella caña estaban aquellos diez escudos, y respondió que era porque vió que el viejo que juraba, dió á su contrario aquel báculo, mientras iba á jurar que se los habia devuelto y puesto él mismo en propia mano del que se los reclamaba; y como al acabar de jurar, le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginacion que dentro de la caña estaba la paga que le pedian. — Marcháronse ambos viejos, uno corrido y otro contento, y los presentes se quedaron pasmados de la sagacidad de aquel patan trasformado en gobernador, y no sabian si le tendrían por tonto ó por discreto.

Al acabar de salir los dos viejos, entró un paje y dijo: «¡Señor! aquí está un labrador negociante, que quiere hablar á Vuestra Señoria de un negocio que dice ser de mucha importancia.» — «¿Qué negocio traerá ese?» murmuró Sancho. — «¿Acabaremos hoy con los juicios?» — «¡Vaya! decid á ese hombre que entre con su importancia, á ver lo que se le ocurre.» — Entró el labrador y lo primero que dijo, fué: «¿Quién es aquí el señor Gobernador?» — «¿Quién ha de ser?» respondió el secretario, «sino el que está sentado en la silla!» — «Humíllome, pues, á su presencia», dijo el labrador, y poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela. Negó-sela Sancho y mandó que se levantara y dijese lo que queria. Hízolo así el labrador y luego dijo: «Yo, Señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está á dos leguas de Ciudad Real.» — «Buena tierra», interrumpió Sancho, «no está muy lejos de mi pueblo; proseguid hermano, y decid que quereis.» — «Es pues el caso, Señor», prosiguió el labrador, «que yo, por la misericordia de Dios soy casado por la santa madre iglesia católica apostólica romana, y tengo dos hijos estudiantes; el menor estudia para bachiller y el mayor para licenciado; soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir me la mató un mal médico, que la purgó cuando acabó de cenar.» — «De modo», dijo Sancho, «que si el médico no hubiera muerto á vuestra mujer, vos no seríais ahora viudo.» — «No, Señor, de ninguna manera», respondió el labrador. — «¡Medrados estamos!» replicó Sancho; «¡adelante hermano, que es hora de comer mas que de negociar!»

— «Digo, pues», continuó el labrador, «que ese hijo mio, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mismo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo, que lleva este nombre, porque todos los de su linaje son perláticos.» — «Todo eso es muy interesante para un gobernador, que no ha comido», contestó Sancho; «veamos adonde vais á parar.» — «A decir verdad», prosiguió el labriego, «la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque le falta un ojo, que le saltó de viruelas, y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien, que aquellos no son hoyos sino sepulturas donde se sepultan las almas de los que la quieren mal. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices tan chatas, que van huyendo de la boca, aunque es verdad, que esta es tan grande, que á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar por la mas bien formada; y perdóneme el señor Gobernador, si tan prolijamente voy pintando á la que al fin y al cabo ha de ser mi hija y no me parece mal.» — «Pintad lo que querais», dijo Sancho, «que me voy recreando en la pintura, que me haceis, y si hubiese comido, no hubiera mejor postre para mí que ese interesante retrato que me estais haciendo.» — «Pues digo, señor», respondió el labrador, «que si pudiera pintar su gentileza y altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no me es posible, porque es tan jorobada y encogida, que toca la boca con las rodillas; y en verdad que es lástima, porque si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo; y ya hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, porque es manca.» — «¡Hermano!» dijo Sancho, «haced cuenta que yá habeis pintado á esa doncella de piés á cabeza; ¿qué es lo que quereis ahora? Venid al punto sin rodeos, ni callejuelas, ni retazos, ni añadiduras.» — «Querria, Señor», respondió el labrador, «que Vuesa Merced me diese una carta para mi consuegro, suplicándole que se haga este casamiento, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza, pues á decir verdad, Señor Gobernador, mi hijo está endemoniado y no hay dia que no le atormenten tres ó cuatro veces los malignos espíritus; y por haber caido una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino y los ojos algo llorones, y fuera un ángel, si su genio no le hiciese reñir consigo mismo y darse de mogicones en su propia cabeza.» — «¡Buen provecho le hagan!» interrump-

pió Sancho; «¿quereis otra cosa, buen hombre?» — «Otra cosa querria», replicó el labrador, «pero no me atrevo á decirlo.» — «¿Cual es?» preguntó Sancho. — «¡Acabemos!» — «Querria, Señor», continuó el labrador, «que Vuesa Merced me diese trescientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller; y digo para ayuda, porque los chicos han de poner casa y vivir por sí, sin estar sujetos á la impertinencia de los suegros.» — «Mirad, si quereis otra cosa», dijo Sancho, «y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza.» — «No por cierto», respondió el labrador, y apenas dijo esto, cuando levántandose en pié el gobernador, prorumpió con voz de trueno: «¡Voto á tal, Don Patan, rústico y mal mirado, que si no os apartais al punto de mi presencia, os rompo la cabeza con esta silla! ¿A estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? ¿Y de donde los saco yo, bellaco y pintor del mismo demonio? ¿Y porque te los habia de dar aunque los tuviera, socarron y mentecato? ¿Y qué se me da á mí de Miguel Turra, ni de todo el linaje de los Perlerines? ¡Dime, desalmado! ¿Aun no hace dia y medio que soy gobernador, y ya quieres que tenga seiscientos ducados? ¡Vete de aquí con mil demonios!» — Al oír esto alejóse de prisa y corriendo el labrador, medio riéndose de su broma y medio temeroso de que Sancho, cumpliendo con su amenaza, no le rompiese la crisma de un silletazo.

Desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, donde habia puesta, en una gran sala, una real y limpísima mesa. Al entrar el grotesco gobernador, resonaron las chirimias y salieron á su encuentro cuatro pajes, con toallas y palangana para lavarle las manos, los que recibió Sancho con mucha gravedad. Cesó la música y se sentó á la mesa el señor gobernador; á su lado se colocó de pié un grave personaje, con una varita en la mano, pues era el médico del gobierno. Levantaron una riquísima y blanca toalla, que tapaba las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Un paje ató á Sancho una servilleta al cuello, como á un niño, y otro criado le sirvió un plato de fruta; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el médico-varita dió con ella un golpecito en el plato y los criados se lo llevaron al instante con grandísima celeridad; el primer criado llegó con otro manjar y lo puso delante de Sancho, y cuando este iba á probarle, otro golpe de la varita le hizo desaparecer con la misma prontitud que el anterior. Viendo esto Sancho se quedó suspenso y mirando á todos preguntó si se habia sentado á la mesa para comer ó para ayunar. El de la vara respon-



dió entonces : «Señor Gobernador, aquí no se ha de comer sino como es uso y costumbre en todas las ínsulas donde hay gobernadores. Yo soy médico y estoy pagado para velar noche y dia por la salud de los gobernadores de esta ínsula, estudiando continuamente su temperamento para poderles curar cuando cayeren enfermos; asisto á todas sus comidas y cenas á fin de no dejarles comer mas que lo que les conviene y quitarles lo que imagino que ha de hacerles daño al estómago; por eso mandé quitar el plato de la fruta, que es demasiadamente fria y el del otro manjar por ser muy caliente y tener muchas especias, que irritan la sangre.» — «Bueno», replicó Sancho, «pero ese otro plato de perdices asadas que está ahí no me hará daño.» — «¡Cómo que nó!» interrumpió el médico; «nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, dice que toda hartazga es mala y la de perdices mucho mas.» — «Si es eso así», dijo Sancho, «vea el Señor Doctor, cual de esos manjares que están en esta mesa me hará mas provecho, y cual menos daño, y déjeme comer, porque desde que soy gobernador me muero de hambre y yo no sé, por mas que diga la medicina, que el negarle á uno la comida y matarle de hambre sea conservarle la vida.» — «Vuesa Merced tiene razon, Señor Gobernador», respondió el médico, «y así soy de parecer que no coma de esos conejos guisados, ni de esa ternera en adobo, ni de esa olla podrida.» «¿Y porqué no he de comer de la olla podrida?» preguntó Sancho. «Es un plato casero, recurso de las familias y alimento sustancioso.» — «De ningun modo», contestó el médico; «¡vaya lejos de nosotros la olla podrida y quédese para los canónigos ó para los rectores de colegios, ó para las bodas campesinas, pero no para las mesas de los gobernadores, donde todo lo que se sirva ha de ser primor y delicadeza!» — «Pues entonces», dijo Sancho, «¿qué, diantres, he de comer?» — «Lo que Vuesa Merced debe comer por ahora, para conservar la salud», respondió el médico, «es un centenar de barquillos y unas tajaditas de carne de membrillo que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion.» — Al oír esto Sancho, se recostó sobre el espaldar de la silla y mirando de hito en hito al tal médico, le preguntó con voz grave, cómo se llamaba y donde habia estudiado. A lo que le respondió : «Yo, Señor Gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero y soy natural de un lugar llamado *Tirteafuera*, que está entre Caracuel y Almodovar del Campo, á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la Universidad de Osuna.» — A esta retáhila

respondió Sancho encendido en cólera : « ¡Pues, Señor doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera y graduado en Osuna ó en el infierno, quítese luego de mi presencia, si nó, voto al sol, que tomo un garrote y á garrotazos no he de dejar médico en toda la ínsula, empezando por vos, porque no hay nada peor en el mundo que un mal médico ! ¡Vuelvo á decir, que se vaya Pedro Recio de aquí, si nó, tomo esta silla donde estoy sentado y se la estrellaré en los sesos; y denme desde luego de comer, ó si nó, quédense todos con Dios con su gobierno, que oficio, que no da de comer á su dueño, no vale dos habas!» — Asustado el doctor con las amenazas de Sancho, iba á poner piés en polvorosa, cuando en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle y asomándose un criado á la ventana, volvió diciendo : «Es un correo del duque, mi Señor; algun despacho de importancia debe traer.» — Entró el correo sudando, asustado y sacando un pliego del seno, le puso en manos del gobernador. Sancho que no sabia leer, lo entregó al mayordomo, mandándole, que leyese el sobrescrito, que decia así : « *A Don Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano ó en las de su secretario.* » — « ¡Quién es aquí mi secretario? » preguntó Sancho admirado. — « Yo, Señor », respondió uno de los presentes, « porque sé leer y escribir y soy vizcaino. » — « Entonces », dijo Sancho, « bien podeis ser gobernador del mismo emperador; abrid ese pliego y decidme lo que hay escrito. » — Hízolo así el improvisado secretario, leyendo en alta voz lo siguiente :

« Ha llegado á mi noticia, Señor Don Sancho Panza, que unos enemigos « mios y de esa ínsula, la han de dar un ásalto furioso, no sé que noche; « conviene velar y estar alerta, para que no os hallen descuidado. Sé tam- « bien por personas verdaderas, que han entrado en ese lugar cuatro personas « disfrazadas para quitaros la vida; abrid el ojo y guardaos del que llegue « á hablaros, y no comais de nada que os presenten. Yo tendré cuidado de « socorreros si os viéreis en peligro, pero entretanto vigilad y obrad como « se espera de vuestro entendimiento. Vuestro amigo el Duque. »

Quedóse Sancho atónito y todos los circunstantes fingieron quedarlo tambien. Luego, al cabo de algun rato, dirijiéndose el gobernador al mayordomo, le dijo : « Lo que ahora se ha de hacer y ha de ser al momento, es meter en un calabozo al doctor Recio, pues, si alguno me ha de matar, ha de ser él y de hambre, que es la peor muerte del mundo. Despues respon-

dereis al Duque, mi Señor, diciéndole, que se cumplirá lo que manda sin faltar un punto, y besareis de mi parte las manos á mi Señora, la Duquesa, suplicándola que no se le olvide de enviar con un propio la carta y el lio que la dejé á mi mujer Teresa Panza, y de camino podeis tambien encajar un besa-manos á mi Señor Don Quijote de la Mancha, para que vea que soy agradecido. Y vos, como buen secretario y buen vizcaino, podeis añadir todo lo quisiéreis y viniere á cuento. Pero ante todo», añadió, «denme de comer, aunque no sea mas que un pedazo de pan y cuatro libras de uvas, que yo me avendré con cuantas espías y maladores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula. Ahora verdaderamente entiendo que los jueces y gobernadores han de ser por fuerza de bronce para poder soportar las importunidades de los pretendientes, que á todas horas quieren que se les escuche y despache, atendiendo solo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre juez no les escucha y despacha á medida de sus deseos, le murmuran, maldicen y le quitan el pellejo. ¡Pretendientes obstinados y mentecatos! No vengais á la hora de comer ni de dormir, porque los jueces son de carne y hueso como los demas hombres, y han de descansar y comer á menos que haya algun doctor Pedro Recio de Tirteafuera, como este desalmado, que está ahí delante y quiere que muera de hambre, diciendo que esta muerte es vida. ¿Habrás visto embustero mayor? Así le dé Dios semejante vida, á él y á todos los malos médicos como él, porque los buenos merecen palmas y lauros.»

Todos los que conocian á Sancho Panza y sabian quien era, se admiraban de oirle estos raciocinios, y no sabian á que atribuirlo, sino á que los cargos y posiciones elevados, ó entorpecen ó aguzan el entendimiento. Finalmente, el doctor Tirteafuera prometió darle de cenar aquella noche, aunque fuese faltando á todos los preceptos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador y esperó con ansia que llegase la noche y hora de cenar; diéronle entonces un salpicon de vaca y unas manos cocidas de ternera, que se comió hasta el último bocado, con mas gusto que los manjares mas exquisitos de la mesa del Duque. Al acabar de cenar volvióse al médico y le dijo: «En adelante, Señor Doctor, no os tomeis la molestia de buscarme cosas regaladas, porque será sacar á mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado á cabra, vaca, tocino, cecina, nabos y cebollas; y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre y algunas veces con asco. Lo mejor que puedan hacer el cocinero y dispensero es traerme esas que se

llaman ollas podridas, que mientras mas podridas son, mejor huelen, y en ellas pueden meter lo que quisieren, con tal que sea cosa de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algun dia.» — «Bien está, Señor», respondió el mayordomo; «Vuesa Merced será servida como desea, con toda puntualidad.» — «Así lo espero», respondió Sancho; «y vuelvo á repetir que se tenga cuidado con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que hace mas al caso. Y en siendo hora, vamos á rondar, pues es mi intencion limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida; porque quiero que sepais, amigos, que los ociosos y desocupados son en una república lo mismo que los zánganos en las colmenas, que no sirven mas que para comerse la miel, que labran las industriosas abejas. Pienso favorecer la agricultura, respetar á todas las clases, premiar á los virtuosos y amar y honrar á Dios. ¿Qué os parece de esto? — «Dice tanto Vuesa Merced», respondió el mayordomo, «que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como Vuesa Merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas juiciosas, que por cierto no esperaban de vuestro ingenio los que os han enviado aquí; cada dia se ven cosas nuevas en el mundo, las burlas se vuelven verdades y los burladores se quedan burlados.»

En esto llegó la hora de la ronda y salió Sancho á recorrer la ínsula en compañía del mayordomo, secretario, el coronista, que tenia por encargo escribir y conservar los hechos del gobernador, varios alguaciles, escribanos, y criados. Iba Sancho en medio de esta numerosa comitiva con su vara, que no habia mas que ver. Despues que visitaron algunas calles, oyeron de repente ruido de cuchilladas; acudieron allá y hallaron á dos hombres que reñian con espada en mano; estos hombres, viendo llegar á la justicia, se estuvieron quietos en vez de huir, y uno de ellos dijo: «¿Es posible, que en este pueblo, donde hay gobernador, le salgan á robar á uno en medio de la calle?» — «¡Sosegaos, hombre de bien!» le dijo Sancho; «contadme lo que os ha sucedido, que yo soy el gobernador de esta ínsula.» — Pero, antes que pudiera responder el quejoso, tomó la palabra su contrario y dijo: «Señor Gobernador, yo contaré á Vuesa Merced el caso en cuatro palabras: Ese hidalgo que se queja de que le roban en medio de la calle, acaba de ganar ahora mismo mas de mil reales en esa casa de juego, que está ahí enfrente, y sabe Dios como los ha ganado; yo me hallaba presente y juzgué mas de



Ayuntamiento de Madrid

una vez, que su modo de ganar era algo mas que dudoso; levantóse él con la ganancia, embolsó su dinero y salió de la casa. Yo esperaba que, como es de razon, me pagaria el barato dándome algunos escudos, porque ha de saber Vuesa Merced, que esto es uso y costumbre con los hombres principales como yo, que presenciamos los juegos para apoyar la injusticia y evitar pependencias. Viendo que no me daba nada, corrí tras de él y con buenas y corteses palabras, le pedí que me diese á lo menos ocho reales, pues sabe que soy hombre honrado, sin oficio ni beneficio, porque mis padres no me enseñaron ni me dejaron ninguno; pero el socarron, que es mas ladron que Caco, no quiere darme mas que cuatro reales. ¡Mire, Vuesa Merced, qué poca vergüenza y qué falta de conciencia! Pero á fé mia, que si Vuesa Merced no llega á punto, yo le hubiera hecho vomitar la ganancia para enseñarle á ser fullero.» — «¿Qué decis vos á esto?» preguntó Sancho al jugador ganancioso. — «Señor,» respondió éste, «todo cuanto dice este hombre es verdad, y si no quiero darle mas que cuatro reales, es porque se los doy muchas veces; los que esperan cobrar el barato, han de ser comedidos, corteses y tomar con rostro alegre lo que se les diere, sin ponerse en pugna con los gananciosos, á menos que sepan á punto fijo, que estos son fulleros y que lo que ganan es mal ganado; y la prueba de que soy hombre de bien y no un fullero, como dice, es que no queria darle nada, porque solo los fulleros y no los hombres de bien, son tributarios de los mirones que les conocen.» — «Pues vos, ganancioso,» dijo Sancho despues que acabaron ambos de hablar, «que seais bueno ó malo, dad luego á vuestro contrario cien reales y treinta para los pobres de la cárcel. Y vos, Señor Baratero, hombre principal, como modestamente os llamais, que no teneis oficio ni beneficio y no vivís en esta isla mas que apoyando injusticias y evitando pependencias, tomad luego esos cien reales y salid mañana mismo desterrado por diez años de esta ínsula, só pena, si lo quebrantais, de ir á cumplir vuestro destierro en el otro mundo, porque os haré colgar de una horca. ¡Ea! ¡Márchense pronto y nadie me replique, porque lo pasará mal!» — Desembolsó el uno y recibió el otro; el baratero se salió de la ínsula, el ganancioso multado se fué á su casa, y el gobernador se quedó diciendo: «O he de poder poco, ó acabaré con esas casas de juego, foco de inmoralidad, porque el juego, cuando deja de ser un inocente pasatiempo, es alimento de corazones ociosos, corruptor de las costumbres y ruina de las familias.»

En esto llegó un corchete que traía á un mozo agarrado del brazo y dijo: « Señor Gobernador, este mancebo venia hácia nosotros y así que vió á la justicia, volvió las espaldas y echó á correr como un gamo, señal que debe de ser algun delincuente; yo corrí tras él y no le hubiera alcanzado, si no hubiese tropezado y caido. » — « ¿Porqué huías, hombre? » preguntó Sancho. A lo que el mozo respondió: « Señor, para no tener que responder á las muchas preguntas que hace la justicia. » — « ¿Qué oficio tienes? » — « Tejedor. » — « ¿Y qué tejes? » — « Hierros de lanzas. » — « ¡Qué gracioso eres! Y adonde ibas á estas horas? » — « Señor, á tomar el aire. » — « ¿Y adonde se toma el aire en esta ínsula? » — « Adonde sopla. » — « ¡Muy bien, Señor gracioso! Haced cuenta, que yo soy el aire, os soplo en popa y os llevo á la cárcel. ¡Ola! ¡Agarradle, que yo haré que duerma allá sin aire esta noche! » — « ¡De veras! » respondió el mozo; « mas fácil será á Vuesa Merced darme la corona de España, que hacerme dormir en la cárcel. » — « ¿Porqué no? » preguntó Sancho. « ¿No soy el gobernador y tengo poder para encerrarte y dejarte allí toda la noche y mas, si quiero? » — « Por mas poder que tenga Vuesa Merced, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel ni en ninguna parte, si no tengo sueño. » — Ruyéronse todos y Sancho respondió: « Anda con Dios, buena maula, vete á tu casa y en adelante no trates de burlarte de la justicia, porque puedes topar con alguna que no tenga gana de reir y te deje en la cárcel hasta que duermas con un sueño profundo. »

Marchóse el mozo y el gobernador prosiguió su ronda. De allí á poco vinieron dos corchetes que traían á un hombre asido, y dijeron: « Señor Gobernador, este que parece hombre no lo es, sino una mujer, y no fea, que hemos hallado vestida con hábito de hombre. » — Alumbráronle el rostro con dos ó tres linternas y vieron una cara de mujer, al parecer de diez y seis á diez y siete años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas. No llevaba espada, sino una riquísima daga y en los dedos muchos y muy finos anillos. Preguntóla Sancho quien era, adonde iba y por qué motivo se habia vestido de hombre. Ella, puestos los ojos en tierra, respondió llena de rubor: « Señor, no puedo decir delante de tanta gente lo que tanto me importa callar; una cosa quiero que se sepa, y es que no soy ladron ni persona facinerosa. » — Mandó Sancho que se alejasen los alguaciles y corchetes, quedándose él aparte con la bella prisionera, el mayordomo y el secretario. « Es el caso, Señores », dijo la doncella, « que



Ayuntamiento de Madrid

mi padre me tiene encerrada hace diez años, que son los mismos que perdí á mi madre; en casa dicen misa en un rico oratorio, y en todo este tiempo no he visto sino el sol de dia y la luna y las estrellas de noche; no sé lo que son calles, plazas ni paseos. Este encierro y este negarme de salir de casa, siquiera á la iglesia, me tiene muy desconsolada. Tenia muchas ganas de ver el mundo ó el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no tenia nada de extraño. Cuando oia decir, que corrian toros y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquellas, y él me las explicaba del mejor modo que sabia; pero todo eso me encendia mas y mas el deseo que tenia de verlo. Finalmente, para abreviar el caso, rogué é insté repetidas veces á mi hermano, que me vistiera de hombre con uno de sus trajes, y me sacase una noche á ver el pueblo mientras nuestro padre durmiese. Importunado él por mis ruegos, accedió á mis deseos, y poniéndome este vestido y vistiéndose él con otro mio, que le está como pintado, porque no tiene pelo de barba, salimos ambos de casa, hará cosa de una hora y hemos rodado todo el pueblo; pero cuando queríamos volver á casa, vimos venir un gran tropel de gente y mi hermano me dijo: «¡Hermana! esta debe ser la ronda; escapémonos como un galgo, porque si no, querrá saber quienes somos y tendremos que confesarle nuestra escapatoria. Así lo hicimos, pero uno de vuestros ministros me alcanzó y me ha traído ante Vuesa Merced, á quien ruego, que me perdone y no diga nada á mi padre, que yo prometo no salir mas de mi casa.» — «¿Y eso es todo lo que os ha sucedido?» dijo Sancho á la doncella. — «Sí, Señor, no me ha sucedido nada mas; solo el deseo de ver mundo y no ser conocida, es lo que me ha movido á disfrazarme de hombre.» — «Mirad bien lo que decís, porque yo he de averiguar la verdad. ¿Quién es vuestro padre?» — «Mi padre se llama Diego de la Llana», respondió la doncella; «es arrendador de las lanas de este lugar, que todas Vuestas Mercedes deben conocer.» — «Conozco á Diego de la Llana», dijo el mayordomo, «y sé que es un hidalgo principal y rico, que tiene un hijo y una hija; desde que enviudó, no hay nadie en este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, pues la tiene tan encerrada, que no da lugar á que la vea el sol, y con todo eso, la fama dice, que es en extremo hermosa.» — «Así es la verdad», respondió la doncella, «y esa hija soy yo; si la fama miente ó nó en mi hermosura, ya os habreis desengañado, Señores, pues por mi desgracia

me habeis visto»; y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo esto el secretario, se llegó al oído del gobernador y le dijo en voz baja: «Sin duda alguna que á esta pobre muchacha le debe de haber sucedido algo mas sério de lo que cuenta, pues anda fuera de su casa con tal traje y á tales horas. Y lo que me confirma en mi sospecha, es que no parece su hermano, que, segun dice, salió de su casa y estaba con ella cuando oyeron la ronda.» Indeciso estaba Sancho sobre si daria ó nó crédito á lo que decia la doncella, cuando por fortuna de esta, llegaron los corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno de ellos cuando se huyó con su hermana. Iba, en efecto, vestido de mujer con un faldellin rico y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino, la cabeza sin toca y sin mas adornos que sus mismos cabellos, que eran tan rubios y rizados, que parecian sortijas de oro. Apartáronse con él el gobernador, mayordomo y secretario, y sin que lo oyese su hermana le preguntaron cómo venia en aquel traje; respondió el mancebo, con aire ingenuo, contando lo mismo que su hermana habia referido. Tomó entonces la palabra Sancho y dijo á ambos con tono muy severo: «Grande imprudencia ha sido la vuestra en salir tan á deshora de casa, por inocente que sea el motivo que os ha movido á ello, y mucho mayor es la falta que habeis cometido desobedeciendo á vuestro padre y quebrantando sus preceptos durante su sueño. Severo es el castigo que mereceis, tú doncella por haber inducido á tu hermano á sacarte de la casa paterna, y tú mancebo, por haber condescendido á los indiscretos deseos de tu hermana. Ahora mismo voy á llevaros yo mismo á vuestro padre, para que ponga coto á semejantes escapatórias.» — Al oír esto los dos jóvenes prorumpieron en sollozos y se arrodillaron á los piés del gobernador, suplicándole que les dejase volver á su casa, sin que su padre supiese nada, prometiéndole que en lo sucesivo no quebrantarían en lo mas mínimo sus mandatos. Tanto lloraron y suplicaron, que los circunstantes unieron sus súplicas á las suyas. Sancho, despues de haberles dado una severa amonestacion, se contentó con acompañarles hasta la puerta de su casa, que no estaba lejos, sin pasar adelante. Llegaron allá, y tirando el hermano una china á una reja, bajó al momento una criada que les estaba esperando, les abrió la puerta y ellos se entraron, despues de dar las gracias al gobernador. Ahora bien, ¿quereis saber, quiénes eran esos dos hijos de Diego de la Llana? Dos pajes del Duque, muchachos de unos quince años, á quienes llevaron á la ínsula para ser actores de aquella comedia con

que los circunstantes se divertían á costa de Sancho Panza. Este, al contrario, tuvo la aventura por verdadera y aun le vinieron deseos y barruntos de casar al hermanito con Marisancha su hija, y á la doncella con Sanchico, y determinó poner este proyecto en ejecución á su tiempo, creyendo, como otros muchos en su lugar, que nada se podía negar á los hijos de un gobernador. Con esto se acabó la ronda de aquella noche y de allí á dos días el gobierno, con que se desvanecieron todos sus designios, como se verá adelante.

Amaneció el día que se siguió á la noche de la ronda, la cual pasó en vela el gobernador, ocupado el pensamiento en el rostro, brio y belleza de la falsa doncella y su supuesto hermano. Tampoco se acostó el mayordomo, porque estuvo ocupado en escribir á sus señores lo que Sancho Panza hacía y decía, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse el señor gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fría, almuerzo que de buena gana hubiere trocado Sancho por un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero Pedro Recio le hizo creer que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que mas convenia á las personas, que ejercían mando y oficios graves, donde se han de aprovechar no tanto las fuerzas corporales, como las del entendimiento.

Con esta sofisteria, que le hacía padecer tanta hambre, maldecía Sancho en secreto su gobierno y aun á quien se lo había dado. Sin embargo, á pesar de su hambre y su conserva, se puso á juzgar aquel día, y lo primero que se ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes el mayordomo y demas acólitos. «Señor», dijo el forastero, «un caudaloso río divide dos tierras de un mismo señorío; sobre este río hay un puente y al cabo de él una horca y una sala de audiencia, donde hay de ordinario cuatro jueces, que juzgan la ley que puso el dueño del río, que es la siguiente: Si alguno pasa por aquel puente, de una parte á otra, ha de jurar primero adonde va y qué es lo que va á hacer. Si jura la verdad, le dejan pasar, pero si jura una mentira, le cuelgan de la horca que está allí presente. Como esta ley es conocida de todos, así como sus consecuencias, pasa por el puente mucha gente, y en lo que se jura se echa de ver si dicen la verdad, y los jueces entonces dejan pasar libremente. Sucedió, pues, que pasando un hombre cierto día por el puente, se acercó á los jueces y dijo: «*Juro que*

moriré en esa horca y no de otro modo. » » Al oír los jueces este juramento, dijeron: Si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir; y si le ahorcamos, resulta, que por haber jurado que iba á morir en la horca, dijo la verdad, y por la misma ley debe quedar libre. Ahora pregunto yo á Vuesa Merced, señor Gobernador; ¿qué harán los jueces con este hombre? porque hasta ahora están dudosos y suspensos. » — A lo que respondió Sancho: « Por cierto que esos señores jueces, que á mí os envían, pudieran haberse ahorrado ese trabajo, porque yo soy un hombre que tengo mas de mostrenco que de agudo; pero con todo, diré mi parecer sobre este caso. ¡Veamos ante todo si os he entendido! Ese hombre ha jurado que iba á morir en la horca, y si en efecto muere ahorcado, dijo la verdad; pero al mismo tiempo, si dijo verdad, la ley manda que le dejen pasar y que no le ahorquen. ¿No es así? » — « ¡ Si, Señor! » respondió el mensajero. — « Pues bien », prosiguió Sancho, « digo yo ahora, que de este hombre dejen pasar libre la parte que juró verdad, y la que dijo mentira, la ahorquen; de esta manera se cumplirá la ley al pié de la letra. » — « Pero, Señor Gobernador », replicó el preguntador, « segun vuestra sentencia será necesario que el hombre se divida en dos partes, en mentirosa y verdadera, y así, si se divide, por fuerza ha de morir. De este modo no se consigue cosa alguna de lo que pide la ley, y es preciso cumplir con lo que manda. » — « ¡ Venid acá, Señor buen hombre! » respondió Sancho, « este pasajero juramentado que decís, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razon para morir que para vivir y pasar el puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; pues siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digais á esos señores que á mí os enviaron, que puesto que tienen las mismas razones para condenar que para absolver, dejen pasar libremente al transeunte sin hacerle daño, porque siempre vale mas el hacer bien que mal. Así lo firmaría yo con mi nombre, si supiese firmar. Y lo que acabo de decir no es mio, sino uno de los preceptos, que, entre otros muchos, me dió mi amo Don Quijote la noche antes que viniese á ser gobernador de esta ínsula, el cual decia, que cuando la justicia estuviese en duda, vale mas ser misericordioso que severo, porque al cabo y al fin, es preferible absolver á un delincuente antes que condenar á un inocente. » — « Así es », respondió el mayordomo, « y creo que el mismo Licurgo, que dió leyes á los Lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que ha dictado el



Ayuntamiento de Madrid

gran Sancho Panza; y acábase con esto la audiencia de esta mañana, que yo daré orden para que coma ahora á su gusto el Señor Gobernador. » — « Eso es lo que pido yo con toda mi alma », dijo Sancho. « ¡ Denme de comer, y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo les despabilaré como el aire! » —

Cumplió su palabra el mayordomo, no solo porque le pareció ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto gobernador, sino porque pensaba dar fin con el gobierno aquella misma noche, haciéndole la última burla, que tenia encargo de hacerle. Comió, pues, Sancho, pasó el dia ideando leyes y estatutos y recibió dos cartas, una de su amo Don Quijote, felicitándole por su tino en el desempeño de su gobierno, y otra de Teresa Panza su mujer, dándole noticias de su familia y de su tierra. Hé aquí algunos pasajes de esta última carta, que merecería ser citada de cabo á rabo por su sencillez y extravagancia: « Tu carta recibí, marido mio de mi alma, « y yo te prometo y juro como católica cristiana, que no me faltaron dos « dedos para volverme loca de contento. Mira, Sancho, cuando llegué á oír « que eres gobernador, pensé caerme muerta de puro gozo, pues ya habrás « oído decir, que así mata la alegría súbita como el dolor grande. Sanchica, « tu hija, no cabia en su pellejo de lo hueco que se puso. Tenia delante de « mí el vestido que me enviaste, y los corales que me mandó mi Señora la « Duquesa, al cuello, y con todo eso creia y pensaba que todo era sueño lo « que veia y tocaba; porque ¿ quien podia pensar que un pastor de cabras « habia de venir á ser gobernador de ínsulas? Ya sabes tu, amigo, que mi « madre decia que era menester vivir mucho para ver mucho: dígolo porque « si vivo, pienso verte arrendador ó alcabalero que son oficios que siempre « tienen y manejan dineros. Mi Señora la Duquesa te dirá el deseo que tengo « de ir á la corte; dime que piensas de esto y avísame de tu gusto, que yo « procuraré honrarte andando en coche. El cura, el barbero, el bachiller y « aun el sacristan, no pueden creer que eres gobernador, y dicen que todo es « embeleco ó cosas de encantamiento, como son todas las de Don Quijote tu « amo; el bachiller, sobre todo, dice que ha de ir á buscarte y á sacarte el « gobierno de la cabeza y á Don Quijote la locura de los cascos. . . . Unas « bellotas envié á mi Señora la Duquesa, que quisiera que fueran de oro. . . . « Las noticias de este lugar son que la Berrueca casó á su hija con un pintor « de mala muerte que vino á este pueblo á pintar lo que saliese. Mandóle el « concejo pintar las armas reales sobre las puertas del ayuntamiento; pidió

« dos ducados, diéronselos adelantados, trabajó ocho dias y al cabo de los
 « cuales no pintó nada y devolvió el dinero diciendo que no era pintor de
 « baratijas. Otra vez le encargaron que pintase un gallo, y él pintó cualquier
 « cosa, pero para salir del paso y que nadie pudiese equivocarse, puso debajo
 « un letrero que decia: *esto es un gallo*. Verdad es, que viendo que no
 « servia para pintor, dejó el pincel y tomó la azada, y va al campo como
 « gentilhombre. . . . Este año no hay aceitunas ni se halla una gota de vinagre
 « en todo el pueblo. . . . La fuente de la plaza se secó, y en el campanario
 « ha caido un rayo. Espero respuesta á esta carta y tu resolucion de mi ida
 « á la corte. Dios te guarde mas años que á mí, ó tantos, porque no querria
 « dejarte sin mí en este mundo. — Tu mujer, *Teresa Panza*. »

La noche del último dia del gobierno de Sancho, metióse éste en la cama para descansar, mas harto de juzgar y de dar pareceres que de pan, vino y carne. Empezaba ya á cerrar los párpados cuando vino á sobresaltarle un ruido espantoso de campanas, voces y carreras, que parecia que iba á hundirse toda la isla. Sentóse en la cama y estuvo atento escuchando por ver si podia atinar la causa de tal alboroto, pero el estruendo crecia por momentos y en breve se acrecentó el ruido de voces y campanas con el de infinitas trompetas y tambores. Saltó de la cama, se puso una bata y unas chinelas y abrió la puerta de su aposento para enterarse de lo que pasaba; pero apenas hubo asomado la cabeza, cuando vió venir por unos corredores mas de veinte personas con hachas encendidas y espadas desenvainadas, gritando desaforadamente: « ¡ Al arma! ¡ Al arma, Señor Gobernador! ¡ Los enemigos han entrado en la isla y somos perdidos, si vuestra ciencia y valor no nos socorre! » Atónito y embelesado Sancho no osaba dar crédito á cuanto veia y estaba viendo, pero uno de los alborotadores se llegó á él y asiéndole del brazo le dijo: « ¡ Armese pronto Vuesa Señoria si no quiere perderse y que toda la ínsula se pierda! » — « Qué entiendo yo de armas? » respondió Sancho, « ¿ ni qué sé yo de ciencia y de socorros? Esas cosas mejor será dejarlas para mi amo Don Quijote, que es caballero y batallador y sabrá poner á raya á los enemigos. » — « ¡ Ah Señor Gobernador! » dijo otro; « ¿ Qué significa esa sorna? Armese Vuesa Merced, que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas; salga á esa plaza y sea nuestro guia y nuestro capitán, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador. » — « Armenme enhorabuena », replicó Sancho, « ya que he de ser guerrero, como soy juez



Ayuntamiento de Madrid

y legislador.» — Trajéronle al momento dos grandes broqueles ó escudos, y sin dejarle tomar otro vestido que la bata que tenia puesta, le pusieron un escudo delante y otro detras, que le ataron fuertemente al cuerpo con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso, y moviendo apénas los brazos que sacaba por unas aberturas que tenian los escudos. En este estado le dijeron que anduviese delante de todos y les guiase al combate animándoles con su ejemplo, pues siendo él su norte y su sosten, tenian segura la victoria. «¿Y cómo he de andar?» respondió Sancho: «¿Me habeis metido aquí entre dos tablas y atado de modo que no puedo doblar las rodillas y quereis que ande y os guie y os lleve al combate y sea vuestro norte, y qué sé yo cuantas cosas estais ahí ensartando! Yo quisiera ante todo poder menearme y saber luego lo que es norte y por donde he de empezar para guiaros al combate.» — «¿Ande, Señor Gobernador!» dijo otro, «que aquí no hay tablas que os impidan andar, sino el miedo que teneis de ver la cara al enemigo: ¡acabe y menéese que es tarde, los enemigos se adelantan y el peligro crece!» Al oír esto el pobre gobernador quiso dar un paso adelante, pero cayó tan largo como era, dando en el suelo tal coscorron que creyó que se habia hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas ó como barca varada entre dos rocas. Al verle caído aquellos burlones de mal temple, léjos de levantarle y socorrerle, apagaron las antorchas, redoblaron los gritos y pasaron por encima del pobre Sancho dándole infinitas cuchilladas sobre los escudos, y le hubieran herido en la oscuridad que reinaba, si él no se hubiese encogido, metiendo la cabeza entre las tablas como una tortuga entre las conchas. Unos tropezaban con él, otros caian, y hubo hombre tan soez que se puso en pié sobre el cuerpo inmóvil del pobre Sancho, y desde allí como desde una altura, como quien observa un campo de batalla y dirige un ejército, decia á grandes voces: «¡Aquí, valientes! ¡Por acá cargan los enemigos! ¡Que se guarde aquel postigo... que se cierre aquella puerta... atrancad las escalas... vengan calderas de pez y aceite hirviendo... atrinchérense las calles con colchones...!» Y el molido Sancho que lo escuchaba y sufría todo, decia entre sí: «¡Dios de bondad! ¡Haced que se acabe pronto de perder esta ínsula y me vea yo cuanto ántes fuera de ella para siempre, ó libradme con la muerte de esta angustia!» — Oyó el cielo sus ruegos, porque á poco las

mismas voces empezaron a gritar: «¡Victoria! ¡Victoria! ¡Los enemigos están vencidos! ¡Ea, Señor Gobernador, venga Vuesa Merced á gozar de su triunfo y á repartir los despojos que vuestro invencible brazo ha tomado al enemigo!» — «¡Levantadme!» respondió Sancho con voz doliente, «¡levantadme si no queis que me acabe de ahogar!» — Ayudáronle á ponerse en pié, le sostuvieron y él prosiguió: «El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente: yo no quiero repartir despojos de enemigos ni de nadie, sino pedir y suplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me dé un buen trago de vino, pues me seco, y me enjague este sudor que me tiene calado!» Diéronle de beber, limpiáronle y desatáronle los broqueles; sentóse sobre la cama y desmayóse del susto y de la fatiga. Ya les pesaba á los majaderos de la burla el habérsela hecho tan pesada y por cierto que el maltratar á un pobre hombre, que no tenia mas culpa que su ignorancia y credulidad, fué accion propia de lacayos insolentes, que siempre se toman la mano cuando se les da un pié, y de cortesanos serviles continuamente dispuestos á ir mas allá de lo que su amo les mandó, creyendo con ello hacerse acreedores á una gracia ó merecer una sonrisa.

Al volver Sancho en sí de su desmayo, gracias á su robusta constitucion, preguntó que hora era: respondiéronle que ya amanecia. Levantóse entónces sin decir mas y empezó á vestirse poco á poco como pudo, porque estaba muy molido: mirábanle todos silenciosos, esperando ver lo que iba á hacer. Luego que se hubo vestido, se encaminó á la caballeriza, seguido de los circunstantes, y llegándose al rucio le abrazó, le dió un beso de paz en la frente y no sin lágrimas le dijo: «¡Ven acá, querido amigo mio, compañero de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenia contigo y no tenia mas cuidados que el de remendar tus aparejos y darte de comer, eran dichosas mis horas, mis dias y mis años, pero despues que te dejé y me subí á las torres de la ambicion y de la soberbia, todo se me ha vuelto trabajos, inquietud y miserias!» Y en tanto que iba diciendo estas razones, iba asimismo poniendo la albarda al asno, sin que nadie le respondiese nada, y cuando estuvo enalbardado, montó en él con gran trabajo y dirijiéndose luego al mayordomo, al secretario, al doctor Tirteafuera y á otros muchos que allí presentes estaban, les dijo: «Dejadme pasar, Señores, dejadme que vaya á buscar la vida pasada para que resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mas en-



tiendo yo de arar, cavar, podar y ensarmentar viñas, que de dar leyes y defender provincias y reinos. Bien está San Pedro en Roma, quiero decir que bien se está cada uno ejerciendo su oficio; y por mi parte sé decir que mejor me está una hoz en la mano, que un cetro de gobernador; prefiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre; y mas quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano y arroparme con una zamarra en el invierno, que acostarme en sábanas de Holanda para no dormir y ver mi cuerpo magullado. Quédense con Dios Vuesa Mercedes, que yo voy á decir al Señor Duque que desnudo nací, desnudo me hallo y que ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo de él, muy al revés de como suelen salir la mayor parte de los gobernadores de otras ínsulas. Dejadme ir en paz á curarme mis cardenales, pues creo que tengo abrumadas todas las costillas, merced á los enemigos ó amigos que se han paseado esta noche por mi cuerpo.» — «No ha de ser así, Señor Gobernador,» dijo el doctor Recio; «yo daré á Vuesa Merced una bebida contra caidas y molimientos que restablecerá á vuestro cuerpo su primitivo vigor; y en cuanto á la comida yo prometo á Vuesa Merced darle todo lo que apeteciere.» — «¡Muchas gracias, generoso matasanos!» respondió Sancho, «guardad para vos vuestras mercedes y manjares, que en cuanto á mí ántes me volveria turco que dejar de marcharme de aquí. No son estas burlas para dos veces, y lléveme Barrabas si admito en mi vida otro gobierno aunque me le den entre dos platos. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser aunque sean pares, á pesar de todo el mundo: así pues, déjenme pasar, que se me hace tarde.» — A lo que el mayordomo dijo: «Señor Gobernador, de muy buena gana dejariamos ir á Vuesa Merced, aunque nos pese mucho el perderle, pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, ántes que se ausente de su gobierno, á dar cuenta de su conducta; déla, pues, Vuesa Merced de los diez dias que hace que tiene este gobierno, y váyase luego en paz y bendito de Dios.» — «Solo al Duque mi señor daré la cuenta que me pedís», respondió Sancho; «voy á verme con él y á contarle todo cuanto me ha sucedido; ademas que, saliendo yo desnudo como salgo, no he de menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel.» — «Por Dios que tiene razon el gran Sancho», dijo el doctor Recio, «y soy de parecer que le dejemos ir, porque el Duque ha de tener gran gusto de verle.» —

Todos vinieron en ello y le dejaron ir ofreciéndole primero su compañía y cuanto quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad del viaje. Sancho dijo que no quería mas que un poco de cebada para el rucio y pan y queso para él. Diéronle lo que pedía, añadiendo una bota de vino, abrazáronle todos y él llorando abrazó á todos; en seguida arreó al asno y se pusieron ámbos en camino para regresar al palacio del Duque. Así salió de su gobierno este gobernador modelo, que léjos de atropellar y apalear á nadie, fué él el atropellado y apaleado, sin llevarse mas riquezas que el rucio que sacó de su lugar, y unas alforjas mal provistas.

No pararon aquí, por desgracia, las desventuras de Sancho Panza. Sucedió, pues, que á algunas varas de la ínsula de su gobierno (porque él nunca se puso á averiguar si era ínsula, ciudad, villa ó lugar lo que gobernaba), vió que por el camino, por donde iba, venian seis peregrinos que le detuvieron y pidieron una limosna. Sancho que no llevaba un maravedí, les ofreció su pan y queso, pero los peregrinos dijeron que lo que querían era dinero. En estas pláticas uno de ellos se adelantó á Sancho y echándole los brazos al cuello, dijo en voz alta: «Válgame Dios! ¿Qué es lo que veo? ¿Es posible que tenga en mis brazos á mi querido amigo y antiguo vecino Sancho Panza?» — Y viendo que este, sumamente admirado no le respondía palabra, continuó: «¿Es posible Sancho Panza, hermano, que no conozcas á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar?» — Entónces Sancho le miró con mas atención y finalmente habiéndole conocido, le dijo: «¿Quien diablos te habia de conocer, Ricote, en ese traje de máscara que traes? Díme, quien te ha hecho peregrino y como tienes atrevimiento de volver á España, despues de haber sido expulsado de ella como morisco?» — «Si tú no me descubres, Sancho, » respondió Ricote, «seguro estoy que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á esa alameda que se vé ahí cerca, pues mis compañeros quieren comer y descansar; allí comerás con ellos y yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que salí de nuestro lugar por obedecer al bando del rey tan severo con todos los de mi nacion.» — Hízolo así Sancho, apartóse con los demas peregrinos del camino real, comió con ellos y menudeó los tragos, reinando entre todos ellos la mayor harmonia. Ricote, miéntras dormían la siesta sus compañeros, contó sus aventuras á Sancho y en esto llegó la noche, se levantaron todos y cada cual siguió su camino.



Ayuntamiento de Madrid

Sancho, despues de haberse despedido de su antiguo vecino y dado las gracias á los peregrinos, volvió á montar en su asno y se encaminó á su destino : pero como se detuvo mucho tiempo con Ricote, no pudo llegar aquel dia al castillo del Duque, á pesar de no hallarse sino media legua distante de el. Cerró la noche que era algo oscura, pero como era verano no le dió mucho cuidado, y así se apartó del camino con intencion de esperar la mañana. Quiso su mala suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el rucio en una honda y oscurísima sima que estaba entre unos edificios muy antiguos, y al tiempo de caer se encomendó á Dios de todo corazon, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; pero no fué así, porque á poco mas de tres estados, dió fondo el rucio y él se halló encima de el, sin haber recibido lesion ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo por ver si estaba sano y agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios de la merced que le habia hecho, porque creyó haberse quebrado en mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si seria posible salir de ella sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se acogojó mucho, sobre todo cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; dióle Sancho todo el pan que llevaba consigo, y pasaron ambos toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones. Vino el dia, con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á dar voces por ver si alguno le oia. En fin, á fuerza de desgañitarse, llegaron sus desafortados gritos á oidos de un madrugador que por allí pasaba á la sazón. Este era casualmente Don Quijote de la Mancha, que habia salido aquella misma mañana á ensayarse, en campo raso, para un desafio que debia tener al dia siguiente con otro caballero. Guiado el buen hidalgo por las voces que salian del fondo de la tierra, acercóse á la boca de la sima y oyó distintamente estas palabras: « ¡Ah de arriba! ¿Hay algun cristiano que me escuche, ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida? ¿De un desdichado gobernador desgobernado? » — Parecióle á Don Quijote que aquella voz era la de Sancho Panza, y gritó asombrado: « ¿Quién está allá abajo? » « ¿Quién se queja? » — « ¡Quién ha de ser! » respondió el enterrado, « ¡sino el desdichado Sancho Panza, gobernador por sus pecados de la ínsula Barataria, escudero que fué del famoso Don Quijote de la Mancha! » — Al

oir esto el caballero andante se quedó mas pasmado que el que vé visiones, pues se le figuró que Sancho habia muerto y que aquella voz era la de su alma que estaba allí penando : y llevado de esta idea exclamó : « ¡Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte, como católico cristiano, que me digas quién eres ; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por tí, pues es mi profesion la de defender y socorrer á los desgraciados de este mundo, y tambien socorreré á los menesterosos del otro, que no pueden ayudarse por sí mismos ! » — « De esa manera, » respondió Sancho, « Vuesa Merced que me habla debe de ser mi Señor Don Quijote de la Mancha ; lo conozco tambien en el metal de la voz. » — « Don Quijote soy, » respondió este, « y mi profesion es la de socorrer en sus necesidades á los vivos y á los muertos : por eso dime quién eres, que me tienes atónito ; y si eres mi escudero Sancho Panza y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la iglesia católica romana para sacarte de las penas en que estás, y que yo por mi parte lo solicitaré. » — « Os juro, Señor Don Quijote de la Mancha, que soy vuestro escudero Sancho Panza, y que no me he muerto en todos los dias de mi vida ; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester mas espacio para contarlas, iba en busca vuestra y de mi Señor el Duque, cuando caí anoche en esta sima, donde yazgo y el rucio conmigo. » — Y el jumento, en este instante, como si hubiese entendido lo que acababa de decir Sancho, empezó á rebuznar tan recio que hizo retumbar toda la cueva. « Famoso testigo, » dijo Don Quijote, « conozco al jumento por su rebuzno, como si le hubiese parido, y ahora creo que eres, en efecto, mi escudero Sancho ; espérame que voy al castillo del Duque, que está aquí cerca y traeré quien te saque de esta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. »

Alejóse Don Quijote, y fué al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho, que se maravillaron no poco, pues aunque sabian el paraje de aquella gruta, que existia allí desde un tiempo inmemorial, no podian atinar como habia dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Enviaron inmediatamente á muchos criados con sogas y maromas, y con mucho trabajo sacaron al rucio y á Sancho de aquel abismo. Vióle un estudiante y dijo : « De esta manera debieran salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este del profundo abismo, muerto de hambre, descolorido y

sin blanca á lo que creo.» — Oyólo Sancho y dijo : « Diez dias hizo ayer, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera una hora ; en este tiempo me han perseguido médicos, y los enemigos me han molido los huesos ; no he tenido lugar ni de hacer trampas ni de cobrar derechos ; juzga, pues, si merecia salir de esta manera, pero el hombre propone y Dios dispone. » — « No te enojés, Sancho, ni te aflijas de lo que oyeres, que será el cuento de nunca acabar, » le dijo Don Quijote ; « ten la conciencia tranquila y deja que diga la gente lo que quisiere, pues querer atar las lenguas de los maldicientes es lo mismo que intentar poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen de él que ha sido un ladron, y si sale pobre, que ha sido un mentecato. » — « Pues á buen seguro, » respondió Sancho, « que por lo que á mí toca, ántes me han de tener por tonto que por ladron. » —

En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente al castillo, donde en unos corredores estaban ya el Duque y la Duquesa esperando á Don Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir sin haber acomodado ántes al rucio en la caballeriza, porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada de la gruta ; hecho esto se fué adonde estaban sus Señores, ante los cuales, puesto de rodillas, dijo : « Yo, Señores, por quererlo así Vuestra Grandeza, sin ningun mérito por parte mia, fuí á gobernar Vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo y desnudo me hallo, por lo cual ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He aclarado dudas, sentenciado pleitos y casi me he muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio de Tirteafuera, médico ilustre cuya ciencia y sabiduria consiste en hacer ayunar á los buenos á falta de malos. Acometiéronme de noche unos enemigos que no pude ver, pero que sentí encima de mis costillas, y despues de haberme puesto en grande aprieto, dijeron los de la ínsula que salieron libres y victoriosos por el valor de mi brazo : ¡ Dios les dé tanta salud como dicen verdad, y les ponga en manos del Hipócrates de Tirteafuera ! Viendo que eso de gobernar es empresa superior á mis fuerzas y muy pesada, para mis costillas sobre todo, dejé ayer mañana la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenia cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metí dome en granjerias y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas y leyes útiles, no hice ninguna, temeroso de que no se habian de guardar,

lo cual es lo mismo que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula, sin mas acompañamiento que el de mi rucio, caímos en una sima, pasámos allí toda la noche sin saber donde estábamos, y á no depararme el cielo esta mañana á mi Señor Don Quijote, allí me quedaria hasta el fin del mundo.» — Aquí dió fin á su plática Sancho Panza : abrazóle el Duque y le dijo que le pesaba en el alma lo que habia padecido, y que hubiese dejado tan presto el gobierno, pero que él haria de modo que se le diese otro oficio en sus estados. Respondió Sancho que no apetecia mas que volver al servicio de su amo Don Quijote, porque al cabo y al fin, aunque comiese el pan con sobresalto, á lo menos se hartaba y para él lo mismo le era hartarse de zanahorias que de perdices. Accedió á ello el Duque, y la Duquesa mandó que le regalasen, porque el pobre Sancho daba señales de estar bien molido y mal parado. Así se hizo ; el buen Sancho Panza descansó, se restableció de los coscorrones que le dieron, comió cuanto pudo, despidióse despues de los Duques, y salió del castillo con su amo Don Quijote, á correr nuevas aventuras, que luego mas tarde leereis en la obra inmortal de Cervantes.





Lith. Fraillery et C^o r Fontanes, 3, Paris.

Ayuntamiento de Madrid